

1º PREMIO

Literatureando en la cuarentena

Son días difíciles. Todos ya lo sabemos. Estoy haciendo lo que puedo para que sean un poco más leves y agradables. En verdad, ya hice de todo: me ejercité, leí montones de libros, vi diversas películas y aprendí una nueva lengua. Sin embargo, no me sentía completa. Me sentía vacía.

Uno de estos días, estaba sentada en mi balcón y empecé a observar el predio que estaba delante de mis ojos. El predio siempre estuvo en el mismo lugar, pero nunca lo había observado detenidamente. Nunca me había fijado en los detalles. Empecé a observar las pequeñas ventanas presentes en el gigantesco predio. En cada ventana había un mundo diferente. Cuantas historias me podían contar estos pequeños cuadrados...

Observé la primera ventana y me deparé con un hombre muy parecido a Don Quijote: de aspecto pálido, alto y delgado y que compartía el piso con su hermano: una figura muy similar a Sancho Panza. Nunca me había fijado en las semejanzas que tenían mis vecinos con personajes tan importantes de la literatura.

Seguí observando. En la ventana central, fui sorprendida con la imagen de un hombre muy hábil con el cuchillo que me hizo recordar a Martín Fierro: virtuoso, valiente y despierto. En la ventana siguiente, vi a una mujer de belleza sin igual que me transportó automáticamente a Remedios, de "Cien años de soledad". Gabriel García Márquez, incluso, la describía como un "ser que no es de este mundo". Esta Remedios del año 2020 bailaba divinamente en su habitación y sacaba belleza de este caos.

Me fijé en la ventana que estaba al lado de la de Remedios y me deparé con un hombre hermoso y que parecía ser muy arrogante y orgulloso. Podría ser un Don Juan Tenorio: mujeriego y seductor. Me he dado cuenta de que había una mujer haciéndole compañía. La mujer se mostraba muy enigmática y poseía una belleza única, como una de las gitanas andaluzas de que tanto nos hablaba Lorca en sus poemas.

En la última ventana, observé al hombre que parecía ser el dueño del predio. Estaba en su habitación y parecía ser un señor muy culto. Leía un libro mientras escribía algunos apuntes. Me hizo recordar a Horacio Oliveira, protagonista de Rayuela.

¿Cómo nunca me había fijado antes en estos personajes? Digo, vecinos.

¡Ojalá, cuando todo eso termine, siga viendo la vida con ojos tan literarios!

Ana Carolina Oliveira Guedes

1º PREMIO

Ojo con los libros

Los libros son siempre objetos de alto riesgo. El viejo profesor de lenguas antiguas, Leonard Wood, quedó hemipléjico al recibir cinco tomos de la Enciclopedia Británica en la cabeza, desprendidos de un estante de su biblioteca, justo en el mismo momento en que un terremoto inesperado provocó el desgraciado hundimiento de la escalera principal del edificio madrileño en el que vivía mi bisabuelo, don José Arcadio Buendía y su señora esposa, doña Úrsula Iguarán. Don Benito siempre nos contaba aquella vieja historia cada vez que se acordaba de dos vecinas muy jovencitas y hermosas, -mis dos putas tristes, las llamaba-, Fortunata y la otra, ya no estoy segura, pero creo recordar que se llamaba Jacinta. Su hijo, D. Antonio, el bueno del señor Vallejo, estrenaría algunos años después, en plena posguerra, una obra de teatro basada en los hechos acaecidos en aquel terrible agosto de 1936. Para salvarle la vida al señor Wood, los vecinos tuvieron que improvisar una nueva escalera siguiendo los consejos de dos argentinos que habían llegado a la finca apenas unas semanas atrás; bohemios, siempre muy elegantes, D. Juan Cronopio y su esposa, más bien su amante, una antigua actriz sin mucho talento, pero muy bien dotada, que respondía al divertido apodo de Mademoiselle Fama, en recuerdo de sus añorados años de primera vedette en el Moulin Rouge, no el famoso de París, sino el mucho menos glamoroso cabaret del barrio chino que respondía al mismo nombre. El caso es que, gracias a las felices instrucciones de los dos porteños, se pudo improvisar una rudimentaria escala salvadora, que posteriormente también sirvió de camilla, con la que prestar los primeros auxilios a don Leonardo. Bueno, en realidad, gracias a ellos y a Jesús, hijo del carpintero que vivía en la buhardilla, que con unas tablas y un triste martillo supo improvisar una escalera para subir al trastero en el que reposaban los restos inconscientes del herido profesor. “Las escaleras se suben de frente, pues hacia atrás o de costado resultan particularmente incómodas”, gritaba el señor Cronopio, a la vez que Fama tranquilizaba al resto de la concurrencia, recordando que era verano y que, por eso mismo, podrían trasladar a Mister Wood en el carrito adosado a la bicicleta con el que Luisito, el hijo de don Luis y de doña Dolores, se ganaba unas pesetas para invitar a Valentina, su primer amor, la hija del notario del primero principal, una niña rubia y angelical a la que nunca podría olvidar.

Mariela Cristina Tort